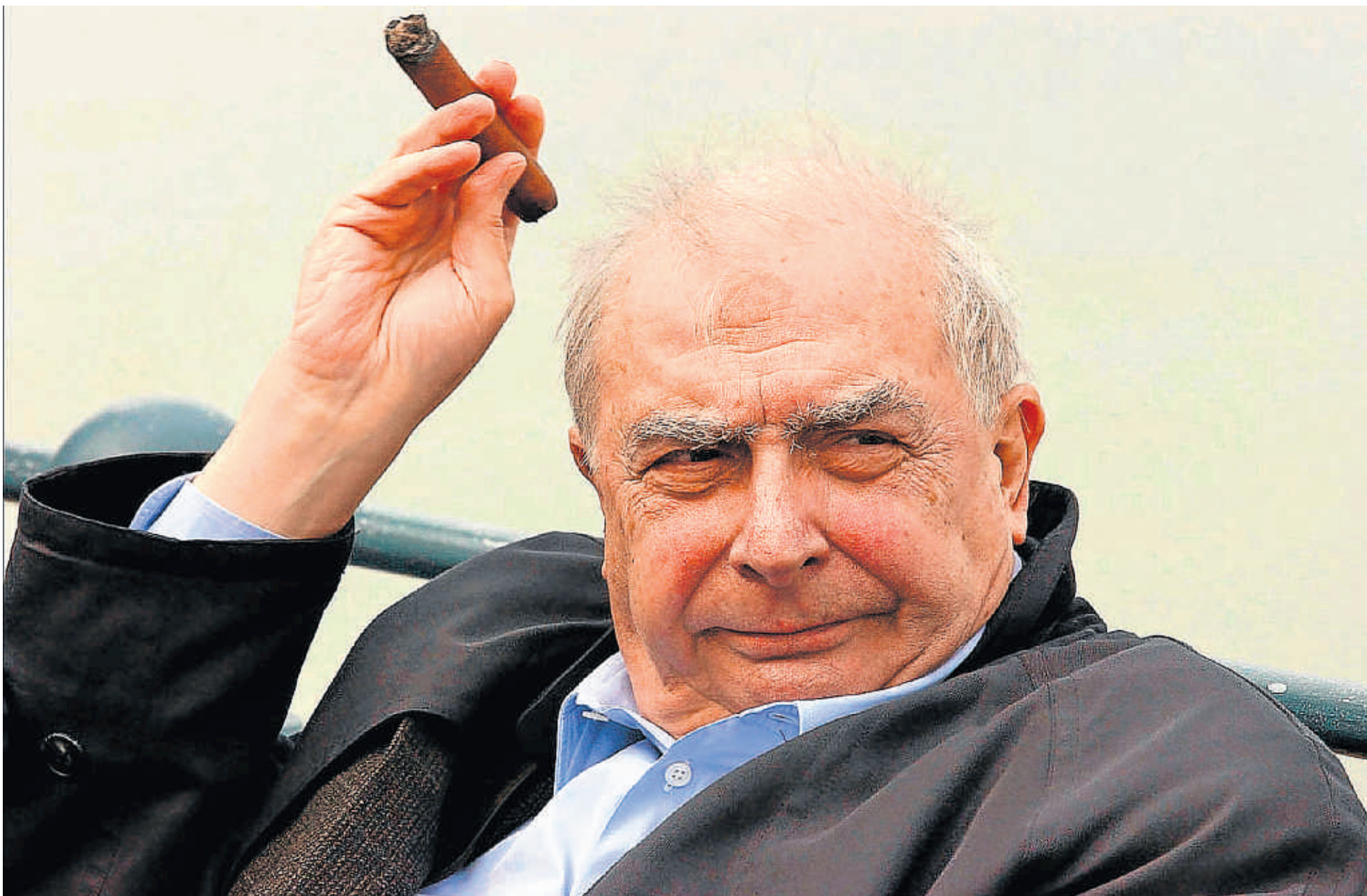


Francia llora la pérdida de uno de sus grandes cineastas



FRANK PERRY / AFP

'Bon vivant'. Claude Chabrol siempre disfrutó del buen comer y el buen beber e incluso publicó un libro de recetas. En la imagen, tomada en el 2004 con ocasión del estreno de *La dama de honor*, sostiene un puro mientras saluda divertido al público

La 'nouvelle vague', huérfana

Muere Claude Chabrol, pionero de un movimiento que cambió el cine

ÓSCAR CABALLERO
París. Servicio especial

Signo de los tiempos, la muerte de Claude Chabrol, ayer, en París, a sus 80 años, fue anunciada oficialmente en el blog de Christophe Girard, adjunto a la cultura del Ayuntamiento de París, con este envío al autor de *Gracias por el chocolate*: "Gracias, Chabrol; gracias por el cine". Homenaje justo a este hijo de un farmacéutico parisiense, nacido un 24 de junio de 1930, fundador de la *nouvelle vague* con su primera película, *El bello Sergio*, en 1959, y creador de un mundo en el que chocaban las oscuras pulsiones de la burguesía provinciana francesa, el poder, el dinero, los celos.

"Mi tío era propietario de un cine que fue mi canguro -solía recordar-; allí transcurrían mis tardes infantiles, en sesión continua". También se decía "miembro de la generación que inventó la cinefilia". De hecho, tras crear

en su adolescencia un cineclub -"rentable, además", ironizaba-, decidió su futuro en otro, el inventado por François Truffaut. Con él y con Godard, además, formaron el trío inicial de la nueva ola (*nouvelle vague*), ese movimiento bautizado por Françoise Giroud, en el semanario *L'Express*, que modificaría la manera de hacer cine. Gérard Depardieu, intérprete de *Bellamy* (2009), último filme de Chabrol, no podía creer que su amigo hubiera muerto. "Claude era la alegría de vivir. Simbolizaba el cine, pero también la pasión, la infancia, la risa y el placer". Cómplice, colega, el director Jean-Pierre Mocky, también octogenario, constató: "Primer el decano, Éric; hace unos días el benjamín, Corneau, y ahora, mi amigo Claude. Ya sólo quedamos Jean-Luc, mi viejo amigo Alain y Jacques. Los últimos mohicanos".

Otro colega, Claude Lelouch, encontró la definición justa: "Claude representaba la tradición y la revolución". Y Thierry

Frémeaux, director del festival de Cannes, aseguró que "la imagen que conservaremos es la de su amor por los actores". Lo corroboraron, ayer, dos de sus predilectos, Isabelle Huppert, a quien lanzó en 1978, y François Berleand, quien justificó la vasta filmografía de quien "como Woody Allen, quería hacer un filme al año". No faltaron homenajes oficiales. Cineasta y ministro de Cul-

HONORES DE ESTADO

Sarkozy compara a Chabrol con Balzac por la "justeza de su pintura social"

FECUNDO Y HUMILDE

"Cuando descubrí que no haría una obra maestra, decidí dejar una obra coherente"

tura, Frédéric Mitterrand elogió al "anticonformista por excelencia, una de las personalidades más fuertes del cine francés". Y Delanoë, alcalde de París, lo calificó de "monumento del cine francés". En fin, el presidente Sarkozy lo comparó con Balzac "por la justeza de su pintura social", con Rabelais "por el humor y sin duda por su truculencia". Y el primer ministro Fillon lamentó la muerte "del gran testigo de los usos y costumbres de nuestra sociedad". La de comer con buen vino, por ejemplo. De esa inocultable afición dio testimonio, el año pasado, la editorial Larousse con *Chabrol se met à table* (juego de palabras entre "se sienta a la mesa" y "confiesa su crimen"), un libro definido en dos cifras: "57 filmes y 25 recetas".

Admirador de la longevidad creativa de Manoel de Oliveira, del John Ford intubado que dirigió su filme testamento desde una camilla, Chabrol pedía, en una entrevista de julio pasado, "filmear veinte años más: tengo

apenas 80 años y respiro sin tubos". Y lo decía quien, en más de 60 películas, se distinguió como el director francés que rodó "el mayor número de filmes con el promedio de espectadores necesarios para rodar el siguiente, sin despertar envidias innecesarias".

Quien asistía a un rodaje de Chabrol descubría su humor parejo, el ambiente familiar -la última de sus tres esposas, Aurore, era su script; asistente, la nuera; los cuatro hijos trabajaron en sus películas-, la prohibición de bocatas -cuidaba la calidad de las comidas, todos en torno a una mesa-, pero también la gran cultura de un hombre que la ocultaba tras los juegos de palabras.

El mismo pudor le hacía decir que filmaba mucho porque estaba convencido de que la cantidad daría la calidad. O bien: "Cuando advertí que nunca lograría una obra maestra, decidí dejar, por lo menos, una obra coherente".●



LEA LAS CRÍTICAS DE LOS FILMES DE CLAUDE CHABROL EN www.lavanguardia.es/hemeroteca